

A classic dining room with a round table covered in a white tablecloth, set with a white tablecloth, silverware, and a glass. A red upholstered chair is visible in the foreground. A window with a gold frame and brown curtains is in the background, letting in light. The walls are decorated with floral patterns.

SABRINA JEFFRIES

*Una noche
con el Príncipe*

TERCIOPELO BOLSILLO

Una noche con el Príncipe



Una noche con el Príncipe

Sabrina Jeffries

Traducción de Iolanda Rabascall



TERCIOPELO

Título original: *One Night with a Prince*
Copyright © 2005, by Deborah Gonzales
Spanish Language Translation © 2006, by Libros del Atril, S.L.

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción: Iolanda Rabascall
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
correo@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Fotografía de cubierta: © Compassionate Eye Foundation
Katie Huisman/Getty Images

Impreso por Litografía Roses, S. A.
Energía 11-27
08850 Gavá (Barcelona)

ISBN: 978-84-92617-46-3
Depósito legal: B. 15.031-2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Rexanne Becnel,
la mejor crítica que se puede tener.
¿Qué haría sin ti?

Capítulo uno

Londres, otoño de 1815

Al elegir a un amante, debemos asegurarnos que ambos estemos de acuerdo con los términos de la aventura para evitar que surtan posibles recriminaciones más tarde.

ANÓNIMO,
Memorias de una amante

A veces tener hermanastros era un verdadero engorro. Gavin Byrne los miró con el ceño fruncido. El más joven, Alexander Black, el conde de Iversley, era el único de ellos cuya madre había esperado hasta que el joven había alcanzado la mayoría de edad para revelar que su verdadero padre era el Príncipe de Gales. Después estaba Marcus North, el vizconde Draker, quien debido a su desmesurada corpulencia y a su escandaloso pasado se había ganado el apodo de vizconde Dragón. Draker había conocido a su padre, Su Alteza, durante casi toda su vida, y no consideraba que eso supusiera ninguna ventaja.

Los tres se hallaban en la biblioteca de Draker, y era Draker quien defendía ese gran despropósito.

—¿Que quieres que haga qué? —masculló Byrne.

Draker intercambió una mirada de complicidad con Iversley.

—Me parece que nuestro hermano mayor se está quedando sordo.

Iversley lanzó una estentórea risotada.

—Es que los años no pasan en vano. Se está haciendo viejo.

Gavin esgrimió una mueca de fastidio.

—Todavía tengo fuerza como para azotaros sin piedad con una mano atada a la espalda. Y si creéis que me vais a provocar para que acceda a esa idea descabellada intentando herir mi dignidad, está claro que habéis olvidado con quién estáis tratando. Me he dedicado a manipular a hombres toda mi vida, incluso antes de que os creciera el pelo en las pelotas.

Debería de habérselo figurado cuando Draker le pidió que fuera a su casa un poco antes de la hora prevista para la cena. Gavin tomó uno de los selectos puros de la caja de roble que destacaba sobre el escritorio de la estancia.

—¿Por qué diantre le haría un favor al príncipe?

—Por la recompensa, claro —contestó Draker—. El príncipe te está ofreciendo una baronía.

Ignorando la repentina aceleración de su pulso, Gavin encendió el puro. Un título no iba a resarcir todas las injurias que había tenido que soportar durante los primeros veinte años de su vida, mientras lo llamaban bastardo a la cara, y los últimos quince años, en que la alta sociedad londinense había continuado llamándolo así a sus espaldas. No podía borrar el estigma de ser el hijo bastardo no reconocido del Príncipe de Gales.

Además, Gavin ya gozaba de todo lo que ansiaba. Su club de caballeros le había proporcionado una inmensa fortuna, más de la que jamás habría podido soñar; nunca le faltaba la compañía femenina en la cama, y entre sus amigos se contaban vizcondes, condes y duques.

De acuerdo, quizá esos amigos sólo lo eran por conveniencia, aunque estaban más interesados en su agudeza e ingenio que en su riqueza. Sin embargo, a veces no podía evitar ser dolorosamente consciente de la línea invisible de ilegitimidad que lo separaba de ellos, a pesar de que por sus venas corriera sangre real. Pero no había nada que pudiera hacer para cauterizar ese estigma.

—¿Y por qué me habría de interesar una baronía?

—Si la idea no te seduce —reflexionó Iversley—, por lo menos piensa en tus futuros vástagos. Tu primer hijo legítimo heredaría un título nobiliario.

Gavin lanzó un bufido.

—Eso no supone un incentivo para mí. No tengo intención de casarme ni de engendrar ningún hijo legítimo. Con un poco de suerte, no engendraré ni un solo hijo.

—Entonces, considéralo desde otra perspectiva. —Draker lo miró fijamente—. Es el propio príncipe quien hace entrega de los títulos nobiliarios en el Parlamento. Será la única vez en toda tu vida que estarás tan cerca de que el príncipe reconozca que eres su hijo.

Eso era otro cantar. La idea de que el príncipe se viera forzado públicamente a entregarle un título al bastardo que había rechazado durante años era verdaderamente tentadora. Incluso aunque sólo se tratara de una minúscula fracción de lo que deseaba de ese hombre.

—¿Y él está de acuerdo con el trato?

—Sí —afirmó Draker.

Gavin aspiró una profunda bocanada del puro.

—Pero eso no significa nada. A última hora puede cambiar de opinión.

—No lo hará —insistió Iversley.

—Pues no sería la primera vez —repuso Gavin con tristeza. Sus hermanos sabían lo que el príncipe le había hecho a su madre.

—Me aseguraré de que cumpla su palabra —terció Draker.

—Ya. Ahora que te has convertido en un gran amigo de Su Majestad, crees que puedes ejercer alguna clase de influencia sobre él —le increpó Gavin con sequedad.

Draker resopló con cara de fastidio.

—Jamás hemos sido grandes amigos, pero lo cierto es que ha empezado a arrepentirse de sus acciones pasadas. Así que tienes razón, ahora tengo cierta influencia sobre él.

Gavin sacudió la cabeza con cara de preocupación.

—Os lo digo en serio; Iversley y tú os habéis vuelto más blandos. Desde que habéis sentado la cabeza con vuestras dulces y bellas esposas, veis el mundo a través de un prisma de sentimentalismo absolutamente irreal.

De repente, Gavin se dio cuenta de que su voz y sus palabras transmitían la envidia que sentía hacia sus dos hermanos

y decidió no proseguir con su sermón. No envidiaba sus cómodos matrimonios, no; estaba muy satisfecho con su vida de soltero, que le permitía mantener las más tórridas aventuras posibles con mujeres casadas que lo buscaban únicamente para pasar unas cuantas horas de placer.

Le gustaba estar solo y sin compromisos firmes.

—Bueno, entonces, ¿qué tengo que hacer para obtener esa dudosa recompensa? —preguntó al tiempo que enarcaba una ceja.

Iversley se relajó.

—Es muy fácil, de veras. Tienes que convencer a lord Stokely para que invite a cierta dama a la fiesta anual que organiza en su casa para toda esa panda de jugadores empedernidos.

—¿Y cómo os habéis enterado de esa fiesta? —inquirió Gavin.

—El príncipe tiene sus espías —aclaró Draker.

Gavin sacudió la ceniza del puro en el recipiente de latón que Draker tenía para tal fin.

—¿Debo entender que esa mujer es uno de ellos? ¿O una de sus amantes?

Iversley negó rotundamente con la cabeza.

—No es su amante. Y después de haberla conocido, aseguraría que tampoco es su espía.

—Stokely es muy particular con sus invitados. Sólo acepta a aquellos que son buenos jugadores de *whist*, que les va la juerga, que no se ruborizan ante obscenidades, pero que a la vez son extremadamente discretos. ¿Esa mujer cumple todos estos requisitos?

Draker se quedó pensativo.

—Estoy seguro de que puede ser discreta, dadas las circunstancias. Supongo que podría simular que no se ruboriza ante las actuaciones desvergonzadas de esa panda de degenerados, pero no sé si lady Haversham es avezada en...

—Espera un momento... ¿La marquesa de Haversham? ¿Es ésa la mujer a la que esperas que Stokely invite a su fiesta? Pero ¿te has vuelto loco?

La repentina salida de tono de Byrne tomó a Draker por sorpresa.

—Ya sé que no es la clase de marquesas que frecuentas —respondió a la defensiva—. Es la hija del general Lyon.

—Por eso probablemente esa chalada intentó volarme la tapa de los sesos de un tiro el año pasado.

Draker parpadeó perplejo.

—¡Ah! ¿La conoces?

—Bueno, si a nuestro único encuentro accidentado te atreves a llamarlo así...

Súbitamente recordó la imagen de una joven bajita y despeinada, con una inmensa escopeta bajo el brazo.

—Me desplazé hasta su finca para hablar con su esposo sobre la enorme deuda que tenía contraída con el Blue Swan, y esa chiflada agujereó la capota de mi carroza... además de mi sombrero.

Iversley se echó a reír.

—¿Insinúas que no cayó rendida a tus pies desde el primer momento, como suelen hacer el resto de las damas de la alta sociedad?

Gavin enarcó una ceja.

—Parece ser que la honesta lady Haversham no veía con buenos ojos que su esposo jugara. Estaba cargando nuevamente ese rifle de repetición cuando el mismísimo Haversham apareció por la puerta y la obligó a entrar en casa. De no ser así, en estos momentos me faltaría alguna parte crucial de mi anatomía.

Gavin sacudió la cabeza.

—Esa fierecilla jamás logrará introducirse en los círculos de Stokely, ni siquiera aunque él osara invitarla. No soporta a los jugadores empedernidos. —Se calló un momento y luego prosiguió—: Supongo que no se atrevió a referirte nuestro primer encuentro.

—No —admitió Draker—. Y si fue tan desastroso, ¿por qué eligió tu nombre entre la lista de invitados que le mostró el príncipe?

—Probablemente quiere tenerme más cerca para no fallar el tiro la próxima vez —apostilló Gavin con gazmoñería—. Ahora que su esposo está muerto, pretende saldar viejas cuentas pendientes. Y cambiando de tema, ¿cómo murió Haversham? ¿De un tiro que le propinó su esposa?

—No, nada parecido.

—Bueno, os juro que no maté a ese hombre, si de eso se trata. Me pagó toda la deuda antes de fallecer, así que no tenía ninguna razón para desearle la muerte.

—Ella lo sabe. Además, murió a causa de una caída de caballo. —Draker se sirvió un poco de brandy—. Y el modo en que murió no tiene nada que ver con este asunto.

—Pero tampoco sabes concretamente de qué se trata, ¿no es cierto? —remarcó Gavin.

—El príncipe no me lo ha contado, así que tendrás que preguntárselo a esa dama personalmente —dijo Draker mientras le echaba a su hermano una mirada retadora y añadía—: A menos que le tengas tanto miedo a esa mujer que no te atrevas ni a hablar con ella.

Gavin esgrimió una mueca de fastidio. Otra treta para intentar herir su orgullo. ¿Acaso no se había dado cuenta Draker de que él era extremadamente agudo en esa clase de manipulaciones?

—No tengo ningún reparo en que esa mujer me exponga sus propósitos. Pero será mejor que acuda a nuestro encuentro sin armas.

Iversley lanzó a Draker una mirada de complicidad.

—¿Qué opinas, Draker? ¿Vas a buscar a lady Haversham o voy yo?

—¿Esa mujer está aquí? —exclamó Gavin—. ¿Has perdido el juicio o qué? ¿Dejas que esa loca entre en tu casa, y se pasee cerca de tu esposa y de tu hijo? ¿Tienes las armas de fuego a mano, por si acaso?

Draker soltó un bufido.

—Teníamos que organizar un encuentro entre ella y tú que nadie pudiera encontrar sospechoso, así que os hemos invitado a los dos a cenar. Pero esa mujer no puede ser tan pérfida como la pintas. Parece toda una dama; bueno... quizá un poco...

—¿Desquiciada?

—Directa.

—¡Ah! Bueno, si prefieres describirlo así... —murmuró Gavin—. De acuerdo, ve a buscar a esa chalada. Después de que me exponga por qué quiere inmiscuirme en este lío, os diré si acepto o no vuestra propuesta.

Draker asintió con la cabeza y abandonó la estancia con Iversley. Sólo había transcurrido un minuto cuando lady Haversham irrumpió en la biblioteca. Vista de cerca, era mucho más hermosa de como Gavin la recordaba, a pesar del sobrio traje de luto que lucía y del peinado que no la favorecía en absoluto. También ofrecía un aspecto bastante fiero, para tratarse de una mujer que tan sólo le llegaba a la barbilla; pequeña pero matona, con unos avispados ojos verdes y una nariz impudente.

Gavin apagó el puro, aunque no estaba seguro de por qué se preocupaba por ser cortés. A pesar de su título, lady Haversham no era una dama. Era un soldado embutido en una falda.

—Buenas tardes, señor Byrne. —Le ofreció la mano enfundada en un guante negro con unos modos tan insolentes como los de un hombre.

Gavin tomó su mano con firmeza. Con un movimiento rápido, le hizo dar media vuelta hasta que logró apresarla con su propio brazo rodeándola por la cintura, y la mantuvo en esa posición inamovible mientras empezaba a deslizar su otra mano libre por el rígido traje de lana.

Ella empezó a forcejear.

—Pero ¿qué diantre...?

—No os mováis —gruñó él—. Sólo quiero asegurarme que no lleváis ninguna pistola en el bolsillo.

—Por el amor de Dios... —exclamó ella, pero acto seguido enmudeció y dejó de forcejear. Después de unos instantes de soportar la humillación de que el señor Byrne la palpara por todas partes, espetó—: La pistola está en el retículo, que he dejado en la sala de estar de lord Draker, ¿de acuerdo?

Esa mujer era un arsenal andante.

—De acuerdo. —Gavin la soltó, no a causa de sus explicaciones sino porque al pasar las manos por encima de su figura menuda pero sorprendentemente bien formada, se había empezado a excitar, y no quería que ella se diera cuenta. Esa fémina era capaz de dispararle directamente en las pelotas por una impertinencia de ese calibre.

Ella lo miró fijamente al tiempo que se cruzaba de brazos.

—¿Y bien? ¿Me ayudaréis?

Nada más adecuado que ir al grano de la cuestión.

—¿Por qué yo? —le preguntó con curiosidad—. La última vez que nos vimos, no demostrasteis estar exactamente impresionada con mis credenciales.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la viuda.

—¿Os referís a que casi agujereé vuestras credenciales? Supongo que debería disculparme por mi actitud beligerante.

—Sería una buena forma de iniciar nuestra relación.

Lady Haversham irguió la barbilla con aire arrogante.

—Sólo intentaba salvar a Philip de la ruina absoluta.

—¿Ruina? Vuestro esposo habría podido pagar esa deuda sin problemas.

La cara de ella se ensombreció con una innegable tristeza.

—Sí, es cierto. Había ganado el dinero vendiéndole a lord Stokely algo que pertenecía a mi familia.

De repente, todo empezaba a cobrar sentido.

—Y por eso deseáis una invitación a la fiesta que Stokely ofrecerá en su casa. Para recuperar lo que os pertenece. O, más exactamente, para robarlo.

—Si pudiera recuperarlo comprándolo con dinero, lo haría. Pero lord Stokely se niega a vender.

—¿Se lo habéis preguntado?

—Su Alteza lo hizo. —Cuando los ojos de Gavin se achicaron, ella añadió precipitadamente—: En nombre de mi familia, por supuesto.

Pero Gavin no la creyó. El príncipe jamás había demostrado ninguna tendencia filantrópica. Fuera cual fuese ese patrimonio, el príncipe demostraba tener un enorme interés por él. Si no, no se le habría ocurrido ofrecerle a Gavin una baronía para recuperarlo.

—¿Y cómo podéis estar tan segura de que está en la finca de Stokely? Tiene otra casa en la ciudad. Incluso es posible que lo haya depositado en un banco, para que esté mejor custodiado.

—Ese individuo jamás lo perdería de vista. Además, su casa en la ciudad sólo cuenta con un par de sirvientes a jornada completa; sería muy fácil entrar a robar. Stokely no asumiría tal riesgo.

—Y, sin embargo, creéis que correrá el riesgo de invitaros a su fiesta, aún sabiendo que posee algo que queréis y que él se niega a venderos.

—Él no sabe que yo sé que lo tiene.

—¿Qué habéis dicho?

—Mi marido le contó a lord Stokely que lo había heredado de mi padre, cuando en realidad mi padre me lo había dado a mí, y Philip lo robó sin que yo lo supiera. Sólo me di cuenta de que había desaparecido cuando lord Stokely escribió a Su Alteza y le refirió que lo tenía, entonces el príncipe me pidió que fuera a Londres a hablar con él.

—¿Y por qué diablos Stokely escribió a Su Alteza?

Ella parpadeó, como dándose cuenta de que había hablado más de lo necesario.

—No... no tengo ni la menor idea.

Mentirosa. Por el momento, Gavin no insistió más.

—¿Y de qué forma me afecta a mí toda esta enmarañada trama?

Ella arqueó una ceja con patente soberbia.

—Ah, habéis decidido que os ayude a robar ese objeto porque vuestro esposo lo vendió para poder saldar la deuda que tenía conmigo.

—Si no os hubiera debido tanto dinero a causa del juego...

—Si no me hubiera debido tanto dinero a mí, se lo habría debido a otro. Vuestro esposo mostraba una clarísima debilidad por los juegos de cartas, y no podéis culparme de eso, lady Haversham.

—Debería de haber sabido que un tipo como vos es incapaz de mostrar ni un ápice de simpatía.

—Así es. De todos modos, aunque quisiera ayudaros, dudo que pudiera.

—¿Qué intentáis decirme?

Él rio despiadadamente.

—Stokely sólo invita a cierto tipo de personas a las fiestas que ofrece en su casa, y vos no pertenecéis a esa clase de personas.

—Porque no me gusta el juego.

—Porque no sois la clase de jugadora que interesa. —Gavin

encendió un nuevo puro y dio una profunda bocanada—. No obstante, podría intentar recuperar ese patrimonio...

—No —lo atajó ella con firmeza—. Tengo que recuperarlo yo.

¿Qué diablos podía ser ese misterioso objeto?

—Por lo menos, decidme qué es lo que pretendéis robar y por qué.

La viuda se puso visiblemente tensa.

—No puedo hacerlo. Y si insistís, no me quedará más remedio que solicitar ayuda a otra persona.

—Pues adelante. Aunque os lo aseguro: si yo no consigo un pase para esa fiesta, nadie más podrá.

Una expresión de incredulidad y desprecio se extendió por las bellas facciones de lady Haversham.

—¿No os han dicho que a cambio obtendréis una baronía?

—Me las he apañado muy bien hasta ahora, sin la dichosa baronía, así que no es un cebo que me quite el sueño.

—¿Y si os dijera que al ayudarme prestaríais un gran servicio a vuestro país?

Gavin lanzó una risotada.

—Eso todavía me convence menos. ¿Qué ha hecho mi país por mí para que tenga que sentirme obligado a darle algo a cambio?

Ella lo miraba exasperada.

—No os supondrá ningún altercado. Sólo debéis convencer a lord Stokely para que me invite a la fiesta. Decidle que soy vuestra pareja de *whist*, o algo parecido.

—¿Sabéis jugar a las cartas?

La viuda volvió a levantar airadamente la barbilla.

—Me defiendo bastante bien.

Esa fémina estaba mintiendo de nuevo. Y no lo hacía de forma convincente.

—Stokely es siempre mi pareja de *whist*. Además, las fiestas en su casa suelen incluir unas cartas muy escandalosas. Estoy seguro de que os ruborizaríais entre esa panda de jugadores.

—No acostumbro a ruborizarme fácilmente. Recordad, viví bastantes años en el extranjero. He visto más cosas que la mayoría de las mujeres inglesas.

Pero Gavin se apostaba lo que fuera a que ella jamás había visto nada similar a una de las fiestas de Stokely.

—De todos modos, no creo que sea posible. Stokely sólo invita a reputados jugadores, de los que conoce su forma de jugar.

Ella frunció el ceño.

—Otra gente en la lista de invitados no encaja con la descripción que me acabáis de dar... como el capitán Jones.

—Cierto, pero su amante, lady Hungate, sí. Por eso lord Hungate y su amante también estarán allí. Sólo es posible obtener una invitación de Stokely si se es un jugador avezado o el amante o esposo de un jugador avezado.

La cara de lady Haversham se iluminó.

—¿Por qué no me lo habíais dicho antes? ¡Podríais conseguir que me invitara si alegáis que soy vuestra amante!

Gavin la miró sin parpadear. Había poca gente que fuera capaz de sorprenderlo, y lady Haversham lo había conseguido por segunda vez. Se trataba de la invitación más rocambolesca que jamás le habían hecho.

Y, para ser sinceros, la más excitante.

La repasó de arriba abajo, lentamente, contemplando impudicamente los amplios pechos que se ocultaban detrás de la tela negra tan sobria. Después bajó los ojos hasta la cintura de avispa y las sinuosas curvas que prometían arropar un gran trasero. Cuando ella se ruborizó, Gavin tuvo que contenerse para no echarse a reír. Esa mujer destilaba inocencia por todos los costados, así que ¿por qué diablos le estaba ofreciendo ese trato indecoroso?

Lady Haversham bajó la vista y dijo:

—Espero que no hayáis elegido ya a una mujer para asistir a esa fiesta. Sé que vos y lady Jenner...

—He terminado con lady Jenner —la cortó él mientras apagaba el puro—. Estoy sin amante en estos momentos, pero... veamos, no podéis estar hablando en serio.

—Supongo que no soy la clase de mujer que generalmente preferís...

—¿Os referís a la clase de mujer que no me dispararía un tiro?

Ella resopló molesta.

—No. Me refería a la típica rubia despampanante y absolutamente desvergonzada que soléis llevar colgada del brazo en cualquier evento social.

—Parecéis saber muchas cosas de mí, más de las que yo sé de vos.

—Vuestras preferencias por un cierto tipo de mujeres son legendarias. No puedo alterar mi altura ni el color de mi pelo, ni el hecho de que acostumbre a conseguir lo que quiero usando la cabeza, no el cuerpo, pero creo que con un poco de asesoría podría comportarme como una amante suficientemente convincente.

—Me parece que necesitaríais algo más que un poco de asesoría. —Tomándola por sorpresa, le desabrochó el lazo negro del cuello que sostenía ese vestido tan poco agraciado—. Tendréis que cambiar esa indumentaria por algo más sensual. Nadie creerá que sea capaz de mantener un idilio con una mujer vestida como un cuervo.

Lady Haversham levantó la vista y clavó los ojos en los de él, unos ojos fieramente desafiantes.

—Y supongo que también me pediréis que me corte la melena, porque ahora no están de moda las melenas, y que torture mi pelo con ridículos rizos...

—No, no seré tan drástico. —A él le gustaba el pelo largo, y se moría de ganas por enredar sus dedos en el de esa mujer—. Pero podríais usar los servicios de una dama de compañía, para que os lo acicale con un poco más de gracia.

Ella se puso claramente tensa.

—Ya dispongo de una dama de compañía. Lo que pasa es que no es muy diestra en el arte de peinar.

—Claro, una dama de compañía que no sabe peinar a su señora. —Gavin deslizó un dedo por la parte superior de su vestido, demasiado tapado para su gusto—. Y seguro que también es responsable de vestiros de esta forma tan recatada.

Lady Haversham le apartó los dedos de un manotazo.

—Puedo adquirir ropa más a la moda, si es necesario.

Una sonrisa socarrona surcó los labios de él.

—Ya, pero ¿seréis capaz de tolerar que os toque lascivamente?

—Estoy segura de que podría imitar a una mujerzuela bastante bien. No debe de costar tanto, ¿no?

La sonrisa de Gavin se desvaneció.

—¿De veras estáis sugiriendo que queréis haceros pasar por mi amante?

Ella pestañeó.

—Por supuesto.

Gavin se quedó desconcertado ante la sensación de decepción que sentía. Se quedó pensativo unos instantes y luego añadió:

—Si deseáis arriesgar vuestra reputación haciéndoos pasar por mi amante, entonces tendréis que actuar como tal.

Lady Haversham pareció alarmarse ante tal idea.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Por razones obvias: entretenimiento, compañía... placer. No se trata de proteger su virtud; las viudas pueden hacer lo que quieran.

Él se inclinó hacia delante para oler el aroma que desprendía lady Haversham: exótico, desconocido, y más agrio que dulce. Sorprendente. Habría supuesto que esa mujer se bañaba con lejía. Ese nuevo descubrimiento todavía lo intrigó más.

—Tenerla como amante podría ser una de las razones que me motivaría a ayudaros —dijo, empleando su mejor tono seductor.

Para su sorpresa, ella se echó a reír.

—Pero si ni siquiera os gusto.

—No cuando me apuntáis con una pistola. —Deslizó un dedo por la pequeña mandíbula de lady Haversham, quien empezó a respirar con patente dificultad—. Pero si concentrarais toda vuestra fiera energía en complacer a un hombre en la cama...

—¡Como si supiera cómo se hace eso! —Apartó la mano de su interlocutor con otra risotada, aunque esta vez la risa parecía forzada—. Soy una mujer respetable, por el amor de Dios.

—Mis amantes suelen serlo. Pero eso no significa que no puedan gozar en la cama.

El porte arrogante desapareció de la cara de la viuda.

—¿Puedo hablaros con franqueza, señor Byrne?

Gavin sonrió.

—¿Acaso alguna vez no habéis sido franca conmigo?

—Preferiría fingir que soy vuestra amante, pero no comportarme como tal, si no os importa.

—Ah, pero yo no necesito a una amante sólo de apariencia. Puedo disponer de una amante real cuando lo desee.

Lady Haversham observó visiblemente irritada.

—¿Me estáis diciendo que no me ayudaréis a menos que me convierta en vuestra amante de verdad?

—Exactamente.

Lo cierto es que Gavin no estaba marcándose ningún farol. Empezaba a atraerle la idea de tener a lady Haversham como amante.

«Cuidado», se dijo a sí mismo. No había nada malo en desear a una mujer, pero en este caso el caramelo era más apetitoso por el hecho de que venía con un patrimonio que parecía también interesar muchísimo al Príncipe de Gales. Gavin esperaba sacar mucho más que una simple baronía de todo ese asunto. Buscaba obtener nada más ni nada menos que la confesión pública de Su Majestad de cómo había ultrajado a su madre.

No le importaba que eso provocara un escándalo que el príncipe no pudiera soportar en el momento actual. Gavin deseaba poner fin a ese agravio de una vez por todas. Pero necesitaba ayuda, y lady Haversham parecía ofrecérsela... siempre y cuando sus pensamientos lujuriosos no le hicieran perder la cabeza por esa mujer.

Un prolongado suspiro se escapó de los labios de la viuda.

—De acuerdo. Supongo que podré soportar teneros sobre mí, para que descarguéis vuestros instintos animales.

La confesión de ella tomó a Gavin por sorpresa.

—Tenerme encima y...

—Pude soportarlo con mi esposo, así que algunos encuentros más de ese tipo no me harán ningún daño.

Pero Gavin no se dejó engañar por el siguiente suspiro de resignación que soltó ella. Esa mujer únicamente intentaba desanimarlo.

—Ya, pero es que si os acostarais conmigo, sería...

—Sí, sí, sería toda una bendición, por supuesto.

El sarcasmo en su tono no logró amilanarlo.

—Entonces, trato hecho —dijo él.

Lady Haversham volvió a ponerse rígida.

—No creo que sea justo que me pidáis un pago adicional por vuestros servicios, cuando Su Alteza ya os ha ofrecido la baronía. —Mas cuando vio que el señor Byrne la miraba con suspicacia, añadió rápidamente—: Pero... de acuerdo, os pagaré con esa gratificación adicional.

Ahora ella intentaba reducir el juego de seducción a un mero acto mercenario. Pero sus manos temblorosas la delataban, todo era un farol. No se atrevería a seguir adelante. Pero... el patrimonio era sumamente importante para ella, y para el príncipe.

Gavin pensó en seguir presionándola para ver hasta qué punto sería capaz de seguir adelante con el pacto, pero la verdad era que le gustaba el empuje que demostraba tener esa mujer. ¿Qué placer experimentaría al llevar a la cama a una fémina que no quería estar ahí? Se tomaría todo su tiempo para ponerla nerviosa, y seguro que el placer sería más intenso al final.

Cuando Gavin no dijo nada, ella añadió:

—¿Cerramos el trato ahora? Los caballeros suelen ser rápidos cuando se corren dentro de una dama, así que si queréis, me levanto la falda y lo hacemos antes de que nadie sepa...

—Ya es suficiente, señora. No hace falta que sigáis. Y decidme, ¿dónde habéis aprendido esa expresión tan escandalosa de que los caballeros «nos corremos» dentro de las mujeres?

Lady Haversham lo miró fríamente.

—Me he pasado la mayor parte de mi vida entre soldados. Mi padre es general, ¿recordáis?

—Lo había olvidado. —Por eso se había intentado zafar de él con ese manotazo bravío unos minutos antes. Estaba claro que no lo conocía en absoluto. Habría hecho falta un ejército entero para paralizarlo o disuadirlo de tocar a una mujer.

—Perfecto —aceptó él suavemente—. Estoy de acuerdo con esta farsa sólo en apariencia y no en hechos consumados.

—El alivio en los ojos de la viuda al averiguar que no tenía que compartir la cama con él no le gustó en absoluto, así que añadió—: De momento.

—¿Estáis seguro? —espetó ella—. Porque todavía podría...

—Cuidado, encanto —la interrumpió con ese tono de voz suave y arrebatador que sabía modular tan bien—. Si uno tiene una racha ganadora, es mejor saber cuándo hay que parar y no tentar demasiado la suerte.

Gavin clavó la vista en los labios temblorosos de lady Haversham. Después se dio la vuelta, se dirigió a la puerta y la abrió.

—Y ahora marchaos y portaos como una chica buena. Mi pacto con vos es condicional; dependerá de si Su Alteza acepta algunos de mis términos. Y eso es algo entre él y yo.

A pesar de que ella se sentía indignada por la forma en que él la estaba despidiendo, se limitó a asentir con la cabeza y se dirigió hacia la puerta abierta.

—Os agradezco vuestra ayuda, señor Byrne.

—No hay ninguna necesidad de ser tan formal. Si tenemos que simular que somos amantes, será mejor que me llaméis Byrne, como todo el mundo hace. —Enarcó una ceja y apuntó—: O simplemente llamadme cariño.

Lady Haversham se jactó de una forma muy poco educada.

—Y a mí podéis llamarme Christabel.

—¿Cómo es posible que a la hija de un general le pusieran un nombre tan hermoso?

—También he tenido una madre, ¿sabéis?

Y dicho esto salió de la biblioteca, contorneando sus seductoras caderas.

Mientras el calor se apoderaba de sus partes bajas, Gavin se quedó maravillado de la perversa intensidad con que se sentía atraído hacia ella. Había dicho que tenía una madre, ¿no? Pues esa mujer debía de ser una amazona o un hada madrina o una diablesa venida directamente del infierno. Ninguna dama inglesa habría sido capaz de engendrar una fémina tan arrolladoramente fiera como lady Haversham.

Una fémina tan arrolladoramente fiera que pensaba que podía desalentarlo haciéndole creer que una aventura amorosa

entre ellos sería desastrosa, o incluso peor, una mera transacción de negocios.

Pero esa situación no iba a durar mucho tiempo. Dentro de poco, tendría a la viuda Haversham postrada ante sus pies, rogándole que la hiciera suya, aunque fuera lo último que hiciese en su vida.

Por algo había conseguido erigir una fortuna gracias a su fabulosa habilidad para mezclar los negocios con el placer. De momento, jugaría la partida tal y como ella deseaba, pero al final pensaba quedarse con todo: con ese misterioso patrimonio, vengarse del príncipe, y disponer de una complaciente Christabel en su lecho.

—¿Y bien?

La voz de Iversley lo sacó de su ensimismamiento. Levantó la vista y vio cómo se le acercaban sus dos hermanos. Después de que entraran en la estancia, cerró la puerta.

—Acepto. Lo haré.

—Excelente —dijo Draker.

—Aunque a cambio de una condición. Quiero una audiencia privada con el príncipe cuando todo este lío se acabe.

—¿Por qué? —preguntó Draker.

—Tengo mis propias razones.

Draker lo miró con desconfianza y luego suspiró.

—Veré si puedo conseguir que acceda a tu condición.

—Dile que será mejor que acepte, si quiere que ayude a Christabel.

—¿Christabel? —repitió Iversley desconcertado.

Como de todos modos tarde o temprano se iban a enterar, lo mejor era contarles el plan.

—Stokely sólo invitará a esa viuda tan buena y honesta si se hace pasar por mi amante. Y eso es lo que hará.

Draker lo miró con evidentes muestras de preocupación.

—Espero que no hayas coaccionado a esa pobre mujer...

—Ah, se me olvidaba: sólo fingirá ser mi amante. Hemos acordado fingir, tal y como Regina y tú hicisteis con vuestro falso cortejo.

—Es cierto que empezó como una farsa —admitió Draker—. Pero el engaño no duró demasiado.

Una sonrisa coronó los labios de Gavin.

—Exactamente.

—Pensaba que no te gustaba lady Haversham —espetó Draker.

Gavin se imaginó el cuerpo lleno de curvas de Christabel, muy cerca del suyo, cuando él la había tocado, y tuvo la certeza de que podría pasarlo en grande con ese pedazo de fémina.

—Esa mujer es capaz de excitar a cualquier hombre.

Draker, que solía mostrarse muy serio ante tales cuestiones, frunció el ceño, pero Iversley se echó a reír.

—¿Qué es lo que encuentras tan divertido? —le preguntó Gavin.

—Pues que el engaño de Draker con Regina terminó en boda —argumentó Iversley con una sonrisa maliciosa—. ¿O acaso lo habías olvidado?

Entonces Draker también se echó a reír, y Gavin puso cara de pocos amigos.

—No os preocupéis. No tengo ningún interés en casarme.

Sólo una vez había estado a punto de pasar por el altar, cuando tenía veintidós años. Pero Anna Bingham lo había salvado de cometer esa tontería.

—Las mujeres consiguen que los hombres cambiemos de forma de pensar —proclamó Iversley.

—Pues eso no me pasará a mí. —Las miradas de complicidad entre sus dos hermanos con risitas incluidas lo exasperaron—. Además, lady Haversham parece estar muy cómoda en su situación actual.

Draker enarcó una ceja.

—Pero eso también podría cambiar.

—Por todos los santos, en este sentido eres tan patético como tu esposa, con sus sermones sobre enamorarse y sobre bendiciones conyugales. Muy al contrario de lo que Regina cree, algunos solteros no estamos interesados en el amor; en absoluto.

El desastre con Anna le había enseñado que existían unos márgenes incluso en el amor que no debían ser rebasados, que su preferencia por las mujeres bellas y sofisticadas le venía como anillo al dedo para lograr lo que buscaba: idilios amoro-

sos fugaces y punto. Ninguna mujer respetable se casaría con él, a menos que lo hiciera por dinero, y Gavin no deseaba contraer un matrimonio de conveniencia.

Además, cuantas más aventuras adúlteras saboreaba, más cínico se tornaba en cuanto a la idea del matrimonio, a pesar de que tenía en sus hermanos dos buenos ejemplos de matrimonios felices.

Las mujeres que se preciaban de ser respetables únicamente se casaban por intereses financieros o sociales. ¿Acaso Katherine o lady Regina se habrían casado con sus hermanos si éstos no hubieran poseído un título nobiliario?

Se negó a explorar esa cuestión con más profundidad, puesto que le hacía sentir incómodamente consciente de la diferencia fundamental que existía entre él y sus hermanastros. Los esposos de sus madres los habían reconocido como hijos legítimos.

La madre de Gavin no había gozado de esa oportunidad, por lo que él estaba predestinado a ser tachado de bastardo hasta el final de sus días.

A menos que se convirtiera en el barón Byrne. En realidad la idea lo seducía; especialmente si con ello conseguía forzar al Príncipe de Gales a saldar algunas cuentas pendientes y a convertir a la intrigante Christabel en su amante real, como parte del trato.

—No se hable más; trato hecho —dijo, listo para cambiar de tema—. Conseguiré que Stokely incluya a Christabel en su lista de invitados, y Su Majestad me entregará una baronía.

—Que así sea, pues —remató Draker.

—Estamos muy contentos de que hayas aceptado finalmente el trato —añadió Iversley—. Ya va siendo hora de que obtengas algo más de nuestra alianza que un puro entretenimiento.

—No os preocupéis; con esta historia pretendo obtener mucho más que un puro entretenimiento, os lo aseguro.

Cuando Iversley lo observó intrigado, Gavin añadió rápidamente:

—Bueno, esto requiere un brindis. —Llenó las tres copas de brandy, elevó la suya y proclamó—: Por la Real Hermandad de los Bastardos.

Sus hermanos se unieron al brindis y después bebieron. Cuando Gavin quiso llenar la copa de Draker por segunda vez, éste negó efusivamente con la cabeza. Entonces miró a Iversley, quien jugueteaba deliberadamente con su copa para evitar que le sirviera más brandy.

—De verdad, os habéis ablandado demasiado —murmuró Gavin, entonces se llenó su propia copa y volvió a alzarla con aire desafiante al tiempo que anunciaba—: ¡Y a la salud de nuestro progenitor real! ¡Ojalá se pudra en el infierno!

Capítulo dos

Los hombres actúan siempre de forma taimada. Jamás debemos permitir que nos convenzan de lo contrario.

ANÓNIMO,
Memorias de una amante

¡Qué acuerdo tan descabellado! Mientras Christabel observaba a los allí presentes, reunidos alrededor de la mesa del comedor de lord Draker, se preguntó si había cometido un terrible error. ¿Hacerse pasar por la amante del señor Byrne? Y allí estaba ahora, compartiendo cena con una pandilla de damas y caballeros sofisticados... Seguramente había perdido el juicio cuando se le ocurrió tal artimaña.

Aunque lo cierto era que había sido muy afortunada, ya que finalmente el señor Byrne no le había exigido ningún trato carnal sino sólo hacerse pasar por su amante. ¿Qué habría hecho si ese individuo no le hubiera dado esa oportunidad?

Con un enorme esfuerzo se contuvo para no lanzar una risotada histérica. ¡Como si ella fuera capaz de satisfacer a un hombre de unos gustos tan escandalosos! Si hubiera sido capaz de eso, su querido Philip jamás se habría liado con una amante.

El típico dolor de estómago hizo acto de presencia, y Christabel tomó aire y respiró lentamente. Bueno, ahora ya no importaba, ¿no? Lo de la amante de su esposo no era nada comparado con la otra traición de Philip, así que ¿por qué no podía dejar de pensar en esa cuestión?

Por culpa del señor Byrne y sus malditas insinuaciones.

Había despertado en ella toda clase de... sentimientos pecaminosos que deberían permanecer enterrados junto a su esposo.

¡Y probablemente el señor Byrne ni siquiera había intentado seducirla! Únicamente era su naturaleza, lo cual significaba que debía albergar otros motivos para acceder a su plan. Ese tipo no era más que un truhán indeseable. Nada de lo que había presenciado esa noche le había hecho cambiar ni un ápice su opinión inicial sobre él. Era el mismísimo Príncipe de las tinieblas en persona: impecable, más bello de como lo recordaba, y con una gran elocuencia. No se fiaba de él.

Y no obstante, lo encontraba increíblemente fascinante.

Por supuesto. Siempre había considerado que esa clase de hombres tan pérfidos y marrulleros eran fascinantes, por eso había acabado cenando en casa de lord Draker esa noche.

—¿Por qué no probáis un poco de *galantine*, lady Haversham? —le ofreció lady Draker desde uno de los extremos de la mesa—. Nadie lo prepara mejor que nuestra cocinera.

Christabel miró a la rubia vizcondesa sin pestañear. ¿Cuál de los platos que tenía delante era el dichoso *galantine*? Por eso odiaba asistir a cenas sociales. Nunca había sido buena con las palabrejas en francés. Además, puesto que era la hija de un simple general, no sabía comportarse como una verdadera marquesa.

—Si me los permitís... —intervino el señor Byrne, y le ofreció un plato.

Ah, *galantine* era esa carne cubierta con gelatina.

—Tiene un aspecto delicioso —mintió al tiempo que aceptaba el ofrecimiento. Se aventuró a probar un bocado, y suspiró al descubrir que no tenía mal sabor. Sólo rezó para que lord Stokely no tuviera un cocinero francés, por miedo a no soportar tener que fingir constantemente ante tales manjares.

Quizá el señor Byrne podría ayudarla con eso, también. Como dueño de un reputado club de caballeros, parecía ser el tipo ideal para navegar entre las aguas turbias de esa alta sociedad tan falsa y mezquina, perfectamente a gusto con esa clase de compañía.

Pero claro, se rumoreaba que el señor Byrne era el hijo natural del Príncipe de Gales, al igual que lord Draker, lo cual significaba que eran hermanastros. Eso explicaría el vínculo que unía a semejantes individuos. Y también explicaría el deseo de Su Majestad de solicitarles a los dos que la ayudaran.

Su Alteza... Cielo santo. Probablemente el príncipe no estaría satisfecho cuando se enterara del pésimo resultado del encuentro. Seguramente él habría deseado que el señor Byrne actuara sólo como un intermediario, y no que se implicara en el plan de una forma tan directa y peligrosa.

Pero ¿qué más podía hacer? Lord Stokely amenazaba con hacer públicas las cartas de su familia si Su Majestad no accedía a cumplir su petición. Y el príncipe había sido explícitamente claro sobre qué le sucedería a su padre si ella no recuperaba las cartas.

—¿Os apetecen unas cuantas, lady Haversham? —La pregunta del señor Byrne, que estaba sentado a su lado, la sacó de su ensimismamiento.

Christabel forzó toda su atención en una enorme bandeja de plata que el señor Byrne sostenía delante de ella y suspiró de alivio cuando reconoció su contenido.

—Oh, sí, gracias. Me encantan las ostras.

La pícara mirada que le lanzó el señor Byrne la dejó estupefacta.

—¿De veras? —Él depositó tres ostras en el plato de Christabel con la cuchara de servir de plata—. Espero que también os encanten las pepitas de las granadas, encarnadas como la pasión, y la cantárida.

—¿Qué es la cantárida? —preguntó Christabel al ver que las otras dos damas se sonrojaban y que sus esposos fruncían el ceño.

—Deja de gastar bromas, Byrne —intervino Draker con sequedad—. ¿Acaso no ves que no tiene ni idea de lo que estás hablando?

Christabel parpadeó incómoda. Quizá no había comprendido qué era exactamente lo que había provocado que el señor Byrne le hablara con ese tono grave y sensual, pero no tenía ni un pelo de tonta.

—Sé que es algo deshonesto —repuso ella al tiempo que miraba a Gavin de soslayo—. Me parece que el señor Byrne es de los que cree que las mujeres se sienten atraídas por los hombres que muestran un ingenio perverso.

—Pues sí, he constatado que a algunas mujeres les atrae —apuntó Gavin mientras esgrimía una sonrisa burlona.

—Sólo a las desvergonzadas con las que soléis codearos. —Cuando oyó un gritito sofocado proveniente del otro extremo de la mesa, Christabel miró a sus anfitrionas y añadió secamente—: Exceptuando la presente compañía, por supuesto.

—Oh, no os preocupéis —dijo lady Iversley entre risas—, estamos totalmente de acuerdo sobre las mujeres descocadas que suelen acompañar a Byrne.

—¿Ves, Draker? —estalló Gavin—. No es necesario que intentes proteger a lady Haversham de mis garras. Las mujeres solas se apañan la mar de bien.

—Eso es lo que hemos oído —intervino lady Draker—. Así que lady Haversham te disparó un tiro, ¿eh?

En ese momento Christabel deseó que se la tragara la tierra. Probablemente papá y el resto de sus camaradas en el ejército se habrían muerto de risa al oír la historia de su primer encuentro con el señor Byrne, pero estas damas deberían de haberse ruborizado.

Y sin embargo, el único que se mostraba contrariado era el señor Byrne, quien fulminó a lord Draker con la mirada.

—¿Se lo has contado a Regina?

Sin inmutarse, Draker se sirvió el último trozo de faisán asado.

—¿Cómo querías que me resistiera? No pasa cada día que una mujer se atreva a pegarte un tiro.

—Y seguramente te lo merecías —apostilló su esposa con una mueca maliciosa.

Christabel irguió la barbilla con orgullo.

—Es cierto, se lo merecía.

—Sí, claro —espetó Gavin—, su esposo le ordenó a su banquero que no me pagara, por eso fui a verlo personalmente, con la intención de recuperar mi dinero. ¡Pero qué idiota! ¿En qué estaría pensando para hacer una tontería así?

Su sarcasmo y sus mentiras sacaron a Christabel de sus sillitas.

—Philip me dijo que le habíais ofrecido un crédito, y que luego se lo habíais negado.

—Haversham mintió.

—Él jamás habría hecho algo tan deshonesto —repuso Christabel con arrogancia.

—¿Perdón? Me parece que os olvidáis del porqué estáis esta noche aquí. ¿Quizá porque vuestro esposo os robó algo muy valioso que luego vendió para obtener dinero y poder saldar las deudas que había contraído en el juego?

El señor Byrne tenía razón. Todo lo que ella había pensado sobre Philip se había desmoronado como un castillo de naipes a partir de su muerte.

—Debería haberos matado cuando tuve ocasión —murmuró Christabel.

—¿Así que es cierto que le disparasteis a Byrne? —preguntó lady Iversley llena de curiosidad.

—Agujereó la capota de mi carroza y también mi sombrero —explicó Gavin.

—Pero no logré disuadirlo. El señor Byrne prosiguió la marcha hacia mi casa tan fresco como una rosa. Viéndolo actuar con tanta frialdad, uno pensaría que está totalmente acostumbrado a que cada día lo reciban a tiros.

—Es que es así —respondió Gavin. Cuando Christabel lo miró perpleja, él tuvo la audacia de guiñarle el ojo—. Os quedaríais atónita si descubrierais cuántos hombres deshonestos circulan por Londres. Pero eso jamás me ha detenido para obtener lo que quiero.

Gavin desvió la mirada hacia la boca de Christabel, y ella notó que un delicioso cosquilleo le recorría toda la espalda. Maldito fuera ese hombre. ¿Cómo podía sentirse atraída por un tarambana como él?

Christabel suspiró. ¿Y cómo no? Las mujeres se acostaban con él por una buena razón. Sólo hacía falta mirarlo; estaba hecho para gozar en la cama, con su pelo despeinado y sus felinos ojos azules, y esa sonrisa confiada, que parecía prometer el paraíso a la mujer que cayera en sus brazos.

Ella desvió la vista con recato. ¿El paraíso? ¡Ja! Los hombres no ofrecían el paraíso a las mujeres; por lo menos no un paraíso eterno.

Sin embargo, cuando los postres reemplazaron los succulentos primeros y segundos platos, Christabel no podía quitarse del pensamiento al señor Byrne.

Su misión sería mucho más fácil si lograra comprender a ese individuo. Pero difería muchísimo de los típicos soldados rasos y otros oficiales a los que estaba acostumbrada a tratar desde que era pequeña. Incluso en Rosevine, la propiedad de Philip, no le había costado nada interpretar a cada uno de los hombres que allí trabajaban simplemente a partir del papel que desempeñaban.

Todo lo que concernía al señor Byrne la desorientaba. Siempre había sido una mujer honesta, sin una pizca de sofisticación ni de interés por la moda, simplemente una mujer honesta.

Pero él hacía que quisiera comportarse como una mujer viciosa.

Irguió la espalda. Seguramente no sería tan loca como para caer de nuevo en las redes de otro seductor empedernido.

Lady Draker se limpió con elegancia un poco de crema que tenía en los labios, después se aclaró la garganta e inquirió:

—¿Hace mucho que estáis en Londres, lady Haversham?

Christabel pinchó una ciruela horneada con el tenedor y repuso:

—Llegué hace apenas unos días.

En su breve estancia únicamente había tenido tiempo para reunirse varias veces con Su Alteza para comentar qué hacer con las cartas comprometedoras que lord Stokely le había comprado a Philip, unas cartas que podrían destruir su familia si no las recuperaba.

—Oh, entonces Katherine y yo podremos mostraros las últimas diversiones de la ciudad. —Lady Draker le lanzó una cálida sonrisa—. ¿Cuánto tiempo hace que no veníais a la capital?

—Uf, bastantes años. —Al ver que su respuesta parecía dejar perpleja a su anfitriona, se apresuró a añadir—: Mi madre murió cuando yo era muy joven, así que me crié con mi

padre, y a causa de su trabajo en el ejército siempre estábamos viajando. Precisamente fue en el ejército donde conocí a mi esposo.

—¿El marqués? —preguntó lady Iversley con voz sorprendida.

—Entonces no era el primogénito de su familia. Cuando nos conocimos Philip era un teniente de uno de los batallones. Heredó el título y las tierras en el momento en que su hermano mayor falleció inesperadamente, cuando hacía seis años que estábamos casados. Entonces regresamos a Inglaterra.

—¿Y cuánto hace de eso? —preguntó lady Draker.

—Cuatro años.

—¡No me lo puedo creer! ¿Estuvisteis casada diez años? Eso significa que os casasteis muy joven; no podéis tener más de veinticinco años...

Christabel se sintió adulada y se echó a reír.

—Me casé joven, pero no tanto. Tengo casi treinta años.

—Pues los lleváis francamente muy bien —intervino el señor Byrne. Nuevamente, el gran seductor hacía gala de su magnífica elocuencia—. Pero ¿cómo es posible que en esos cuatro años no vinierais con el marqués a la ciudad, a pasarlo bien en las fiestas de la alta sociedad?

—Había muchas cosas que hacer en Rosevine, así que me pasé todo el tiempo en nuestras tierras.

A Christabel le daba igual lo que pensaran el resto de los allí reunidos. Su vida con Philip —que en sus últimos años la pasó casi la mayor parte del tiempo sin Philip— era un tema privado.

—Pero ahora que el primo de Philip ha heredado las tierras y el título, ya no soy la dueña y señora de Rosevine. Por suerte, el nuevo lord Haversham me ha permitido quedarme allí hasta que él se ha instalado recientemente, e incluso entonces ha sido lo suficientemente generoso como para dejarme usar la casa de la ciudad durante mi estancia en Londres.

Le estaba sumamente agradecida al joven marqués por ese favor. De no ser así, tendría que haber alquilado una casa que no podría costearse, con la paupérrima herencia que Philip le había dejado.

El señor Byrne le lanzó una mirada inquisidora.

—Pero la generosidad de ese hombre no durará eternamente. Cuando empiece la temporada de fiestas, el nuevo marqués deseará buscar una esposa que esté a la altura de su título, y entonces seguro que no deseará que su cuñada comparta con él la casa de la ciudad.

Esa puntualización dejó a Christabel consternada.

—Es cierto. Supongo que al final tendré que alquilar una casa hasta que mi padre regrese de Francia.

—Ah, sí, el general Lyon —precisó él—. Todavía sigue batallando contra los innumerables seguidores de Napoleón, supongo.

Ella asintió mientras notaba cómo se le estrechaba un nudo en la garganta. La verdad es que no estaba del todo segura sobre el paradero de su padre; ése era el problema. El ejército se estaba retirando de sus posiciones, después de la guerra, y todavía no había conseguido contactar con su padre.

—Pero tan pronto como regrese, estoy segura de que se jubilará y adquirirá una casa en el campo, y yo me iré a vivir con él.

—¿Preferís el campo a la ciudad? —le preguntó lady Draker.

Prefería no interpretar el papel de marquesa, y nadie le recriminaría que no lo hiciera salvo si se quedaba en la ciudad.

—Sí, me siento más cómoda en el campo.

Lady Iversley sonrió.

—Os comprendo perfectamente. Si no fuera por los amigos que tenemos aquí, mi esposo y yo probablemente nunca saldríamos de Edenmore.

Mi esposo y yo. Christabel sintió un dolor punzante en el pecho, pero se esforzó en esgrimir una sonrisa. Ella y Philip también habían funcionado como una sola unidad, hacía mucho tiempo, pero eso cambió cuando su esposo abandonó el ejército. Entonces empezó a inventarse razones para escapar a la ciudad. Ella se sentía tan aliviada de no tener que acompañarlo que no se daba cuenta de que él se dedicaba a beber y a jugar, y por lo que parece, también le quedaba tiempo para visitar a su amante.

Pensaba que él era feliz con ella. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua?

—Si no habéis estado en la ciudad recientemente, probablemente no habréis visto el Week's Mechanical Museum —dijo lady Draker—. Marcus y yo nos ausentaremos de la ciudad unos días a finales de esta semana, pero si os apetece, podemos ir mañana...

—Me parece que eso no será posible —la interrumpió Gavin—. Mañana, lady Haversham y yo saldremos a pasear, ¿no es así, jovencita?

Christabel lo miró sin pestañear, y entonces él añadió:

—Es más, me habéis dicho que mañana por la mañana teníais pensado renovar vuestro vestuario, es decir, comprar nuevos vestidos.

Cierto, vestidos según la moda que imperaba en esos momentos en la alta sociedad. La clase de trajes que lucirían las amantes del señor Byrne.

—Es verdad. —Christabel obsequió a lady Draker con una sonrisa más que forzada—. Mañana estaré muy ocupada; lo siento.

Lady Draker la observó detenidamente y acto seguido escudriñó el rostro de Gavin, después frunció el ceño.

—No tenéis que disculparos. Pero si cambiáis de opinión...

—No lo hará —terció él.

El tono gélido de Gavin incomodó a lady Draker, quien rápidamente desvió la vista hacia el reloj y luego volvió a fijar los ojos en Gavin al tiempo que le lanzaba una dulce sonrisa.

—Me parece que es hora de que los caballeros se tomen una copita de oporto y se fumen un puro. —Se levantó con una gracia tan particular que Christabel no pudo evitar sentir cierta envidia—. Vamos, señoras, retirémonos a la sala de estar y dejemos que los caballeros se diviertan solos.

Christabel dudó unos instantes; no estaba segura de cómo encajaba con esas dos damas a las que apenas conocía. Pero Gavin se inclinó hacia ella y le susurró:

—No os preocupéis, estaréis a salvo. ¿No dijisteis que habíais dejado la pistola en la sala de estar?

Ella lo fulminó con la mirada y a continuación abandonó el comedor junto con las otras dos damas. Pero mientras las seguía hasta el piso superior, sintió un intenso dolor de barriga.

¿Cómo sería capaz de completar su misión satisfactoriamente si la mera idea de participar en una conversación formal con la elegante lady Draker y la educadísima lady Iversley le provocaba dolor de estómago?

Sería muchísimo peor en casa de lord Stokely. No le costaba nada imaginar la clase de mujeres que encontraría allí: damas sofisticadas de alta alcurnia capaces de entretener a veinte personas durante una velada sin realizar el mínimo esfuerzo, ataviadas según las últimas tendencias de la capital y con la ropa interior más sexy que uno pueda imaginar, listas para reunirse con sus amantes al despuntar el alba.

Christabel ni siquiera tenía ropa interior sexy; sólo disponía de un limitado armario con ropa anticuada y complementos que había adquirido en sus viajes. Y a pesar de que podía cargar un rifle con tanta maestría como un oficial y contar chistes verdes sobre un harén en Turquía, no sabía nada sobre cómo entretener a huéspedes ilustres y sofisticados.

Pero claro, quizá eso no era lo que se esperaba de una amante. Y a lo mejor incluso aceptarían los chistes verdes. Suspiró desalentada. El problema era que no sabía qué cosas eran aceptables.

Entraron en la sala de estar, cuyos muebles entonaban perfectamente con la elegancia de lady Draker y de lady Iversley.

Christabel empezó a pensar en algo apropiadamente refinado de qué hablar, pero no tuvo ocasión. Tan pronto como se sentaron, lady Draker se volvió hacia ella con los ojos abiertos como un par de naranjas.

—Lady Haversham, por favor, tenéis que contarnos cuál es el pacto que habéis hecho con el señor Byrne. Mi esposo está irreconociblemente callado; se niega a decir nada al respecto.

—Igual que mi esposo —agregó lady Iversley—. ¿De qué diantre estabais hablando con Byrne a solas, esta tarde?

—Lo siento, no puedo contaros nada. Es una cuestión absolutamente privada —se excusó Christabel con evidentes muestras de incomodidad. Por nada del mundo se habría esperado tal asalto por parte de esas dos damas.

—Entre vos y Byrne —prosiguió lady Draker.

—Sí. —Intentó relajar los músculos faciales, destensar los

hombros, y entrelazó las manos sobre la falda con aire de resignación, tal y como había visto hacer a otras damas—. No puedo contar nada.

—¿Os está ayudando con un problema de Estado? —insistió lady Iversley—. ¿O se trata de la deuda que vuestro esposo había contraído con él?

Por todos los cielos, esas mujeres no se comportaban como era de esperar de dos damas de la alta sociedad. Y parecían determinadas a no dar el tema por zanjado. Quizá si les contaba algo la dejarían en paz.

—Mi esposo saldó su deuda con el señor Byrne antes de morir. Todo lo que puedo decir es que el señor Byrne y yo estamos implicados en un tema más bien delicado... una transacción financiera. Pero de veras, no puedo ser más explícita.

—¿Una transacción financiera? —Lady Draker le lanzó una mirada llena de escepticismo—. ¿Cuando os está desnudando con los ojos, mañana saldréis a pasear con él y, además, os habla de afrodisíacos en público?

—¿Afrodisíacos?

—Comida para incrementar el apetito sexual —explicó lady Iversley.

—Ah —murmuró Christabel al tiempo que notaba cómo se le encendían las mejillas.

—Todo eso es mucho más íntimo que lo que cabría esperar de una mera transacción financiera —continuó lady Draker.

Christabel lanzó un bufido, incómoda.

—De veras, no puedo contar nada sobre mi conexión con el señor Byrne.

Lady Iversley se inclinó para tomarla de la mano.

—Lo siento. Supongo que os debemos parecer más bien... ejem...

—¿Curiosas? —Tan pronto como esa palabra tan falta de tacto se le escapó de los labios, Christabel empezó a arrepentirse de haberla pronunciado. Pero lady Iversley se limitó a reír.

—Sí, curiosas. Aunque la verdad es que estamos preocupadas. No nos malinterpretéis, Byrne es un preciado amigo de nuestras familias, y lo adoramos precisamente por eso, aunque no es la clase de individuo que muestre ninguna intención de casarse.

Lady Draker asintió efusivamente y añadió:

—Hemos intentado más de mil veces que se fije en alguna dama respetable para casarse.

—Pero la idea del matrimonio le provoca risa —continuó lady Iversley con un suspiro—. Sin embargo, eso no frena que las mujeres beban los vientos por él, incluso cuando él afirma tajantemente que no tiene ningún interés en adquirir una posición digna.

Christabel retiró la mano de entre las manos de lady Iversley.

—Gracias por vuestra preocupación, pero os aseguro que yo tampoco estoy interesada en casarme con el señor Byrne. Y soy perfectamente capaz de mantenerlo a raya, aunque acepte salir a pasear con él. A diferencia de otras mujeres, no estoy impresionada por los rumores acerca de su conexión con la realeza...

—¿Impresionada? —Lady Iversley sacudió la cabeza—. Creedme, ese hombre es capaz de seducir a cualquier mujer sin necesidad de alardear de su conexión con la realeza. La negación pública por parte de Su Majestad de reconocer a Byrne como a su hijo natural más toda esa sarta de desagradables rumores que extendió acerca de la pobre madre de Byrne, prácticamente le aseguraron la imposibilidad de sacar el mínimo beneficio de esa historia.

—Bueno, Katherine... —empezó a decir lady Draker.

—Es cierto, Regina, y tú lo sabes —la cortó lady Iversley—. El príncipe puede ser un preciado amigo de tu familia, pero ha tratado a Byrne y a su madre de una forma deplorable. Es patético que a la temprana edad de ocho años él se viera obligado a trabajar para poder sobrevivir.

—¡A los ocho años! —exclamó Christabel, horrorizada ante tal descubrimiento. Si Su Alteza lo había tratado tan mal, ¿por qué deseaba ayudarla? Necesitaba saber más—. ¿Y qué clase de trabajo puede hacer un niño de ocho años?

—De recadero para los estafadores profesionales. Así es como se inició en el mundo del juego. Tenía sólo diez años cuando empezó a ayudar a los timadores que se encargaban de organizar el juego de la ruleta en las carreras de caballos.

Christabel sabía algo sobre los estafadores profesionales y

el juego de la ruleta por Philip. La policía llevaba tiempo intentando dismantelar las redes de juego ilegal en la ciudad, pero la ruleta era una práctica que continuaba vigente en las carreras de caballos, a las que los timadores taimados acudían para ofrecer una partida rápida a cualquiera que lo deseara. Se trataba de un espectáculo ciertamente desconcertante, dirigido por individuos muy astutos que a menudo terminaban liados en peleas con los clientes cuando estos últimos sospechaban que los estaban timando.

—Santo cielo; pero ésa es una edad muy temprana para trabajar en las mesas de juego. —Christabel sintió una punzada de dolor en el corazón al imaginar a un pobre muchacho de diez años forzado a sobrevivir en tal ambiente—. ¿Y trabajaba solo o para alguien?

Una voz proveniente de la puerta entreabierta de la sala respondió:

—No trabajé solo hasta que tuve doce años. —El señor Byrne entró en la estancia y lanzó a lady Iversley y a lady Draker una mirada sombría—. Pero eso fue después del incendio.

Christabel contuvo la respiración. Había oído que su madre murió en un incendio, pero no sabía que el accidente hubiera sucedido cuando él era todavía un chiquillo.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta? —preguntó lady Draker.

Gavin esgrimió una mueca desafiante.

—Como siempre. Bueno, he venido a despedirme. Ha surgido un problema en el Blue Swam y debo ir enseguida. —Lady Draker hizo el gesto de incorporarse, pero él sacudió la cabeza efusivamente—. No te molestes. Sé dónde está la salida. —Entonces se giró hacia Christabel y le dijo—: Pasaré a buscaros a las dos.

—¿Tan tarde?

—Por si no lo recordáis, dirijo un salón recreativo. Así que para mí las dos de la tarde es una hora más que temprana. —Se inclinó para tomarla de la mano y a continuación estampó un cálido beso en su mano desnuda que la hizo estremecer de la cabeza a los pies. Con los ojos brillantes, Gavin murmuró—: Hasta mañana, princesa.

Maldito fuera. Durante el relato sobre su niñez había empezado a sentir pena por él, pero ese descarado acababa de exponer claramente delante de las dos damas que su relación con ella no se limitaba a una mera transacción financiera, y eso la enfureció. Totalmente consciente de las miradas de sus dos compañeras, se contuvo y se limitó a sonreír cordialmente.

—Hasta mañana, pues, señor Byrne.

A pesar de que Gavin la miró sorprendido ante tales muestras de formalidad, no dijo nada, la soltó de la mano y se dirigió a la puerta. Pero en el umbral se detuvo y volvió a fijar la mirada en las otras dos damas.

—Por favor, no le contéis a lady Haversham con pelos y señales mis andanzas como muchacho pícaro que fui. Odio tener que reparar agujeros en el techo de mi carruaje. —Le guiñó el ojo a Christabel y desapareció.

Tan pronto como oyeron sus pasos descendiendo las escaleras, lady Draker murmuró entre dientes de una forma muy poco elegante:

—Me parece que Byrne trama algo. No os acusaríamos si nuevamente probarais puntería con él.

—Oh, lo siento pero no puedo hacerlo —respondió Christabel mientras asía su retículo—. Olvidé las balas de mi pistola en casa.

Lady Draker la miró perpleja.

—¿Habéis venido con una pistola?

—Por supuesto. Londres no es una ciudad segura.

Lady Draker estalló en una sonora risotada.

—Caramba; sois la mujer ideal para Byrne.

—Es cierto —añadió lady Iversley—. Franca, práctica, y tan desconfiada como él.

—Pero el pobre Byrne no tiene ninguna posibilidad. —Lady Draker se dirigió a su amiga—. Lady Haversham jamás le dará la oportunidad de seducirla.

—No, nunca. —Lady Iversley se inclinó hacia lady Draker con un aire de confidencialidad—. Siempre he dicho que él necesita a alguien que sepa mantenerlo a raya.

—Exactamente. Alguien inteligente, que lo marque constantemente.

—Byrne elige mujeres frívolas a propósito, claro —matizó lady Iversley—. De ese modo no le cuesta tanto cuando quiere desembarazarse de ellas...

—Por el amor de Dios —las atajó Christabel—. ¿De qué diantre estáis hablando?

Las dos damas clavaron la vista en ella como si fuera una mesa que de repente hubiera cobrado vida y les estuviera hablando.

—Mi vínculo con el señor Byrne no es lo que os figuráis...

—Oh, vamos —la interrumpió lady Iversley—. No somos idiotas. Quizá creéis que vuestra asociación es únicamente por negocios, pero está perfectamente claro que Byrne intenta...

—Sí —apuntó lady Draker, lanzando una mirada de apoyo a su amiga—. Lo que Katherine intenta decir es que deberíais ir con cuidado con vuestra reputación. Si la gente os ve paseando a solas con Byrne, pensará que... bueno... cómo puedo decirlo sin ofenderos...

—¿Que soy su amante?

Su serenidad dejó a sus interlocutoras estupefactas; no valía la pena continuar con la falacia de una asociación por negocios. Era evidente que no se lo creían. Además, pronto empezarían a circular los rumores.

—¿Y qué si la gente cree que soy su amante? —dijo Christabel, intentando poner el tono más frívolo que pudo—. No me importa.

Lady Draker enarcó una ceja.

—Simplemente deseamos saber si sabéis dónde os estáis metiendo.

—Es que no nos parecéis la clase de mujer que... —empezó a decir lady Iversley, pero Christabel la atajó.

—¿... se busca un amante? —Si no podía convencer a esas damas, ¿cómo convencería a lord Stokely?—. Supongo que soy demasiado bajita y nada espectacular para un hombre como el señor Byrne.

—No, no es eso —se apresuró a contestar lady Iversley—. Sois demasiado ingenua.

—Y respetable —agregó lady Draker.

—Ni siquiera habíais oído hablar de afrodisíacos —señaló lady Iversley.

—No conocía la palabra —admitió Christabel—, pero sé de qué va el tema. No olvidéis que me he pasado la vida rodeada de soldados. Y como viuda, no tengo que dar explicaciones a nadie.

Pensó que su comentario pondría punto final a la conversación, pero se equivocaba.

—Un punto relevante —le comentó lady Iversley a lady Draker—. Byrne jamás había mostrado interés alguno por una viuda. Sólo le gustan las mujeres que puede devolver a los esposos una vez ha saciado su sed.

—¿Así que crees que esta vez su interés puede ser más serio? —preguntó lady Draker—. Piensa salir a pasear con ella mañana, y eso es del todo inusual...

—Perdonadme —las interrumpió Christabel al tiempo que se levantaba bruscamente. Al mencionar lo del paseo recordó que necesitaba comprarse ropa, pero no sabía a qué tienda ir para obtener vestidos no demasiado caros y que resultaran del agrado del señor Byrne, o más bien dicho, que fueran lo que se esperaba de su amante.

Debía alcanzarlo antes de que se marchara. Desde el piso superior oyó como Byrne pedía su carruaje, y estaba claro que esas dos damas no la necesitaban para continuar con sus chismes desagradables.

—Me olvidé de preguntarle una cosa al señor Byrne. Enseguida vuelvo. —Salió precipitadamente de la sala y desde arriba de las escaleras vio a Gavin que se disponía a salir por la puerta—. ¡Señor Byrne, espere! —gritó mientras bajaba las escaleras precipitadamente.

Gavin se detuvo en el rellano de la puerta. Cuando Christabel se le aproximó, él dijo secamente:

—Pensé que ibais a llamarme Byrne.

—Si queréis un trato informal, ¿por qué no os puedo llamar por vuestro nombre de pila?

—Porque la única que me ha llamado Gavin en toda mi vida ha sido mi madre —repuso, coronando sus labios con una sonrisa.

Su pobre madre, que en paz descansara. El pensamiento de que alguien, incluso el perverso señor Byrne, estuviera completamente solo en este mundo la entristeció.

—¿Deseabais preguntarme algo? —dijo él.

—Oh, sí, lo había olvidado. ¿A qué modista puedo recurrir para mis trajes nuevos? No conozco a nadie que confeccione la clase de vestidos que vuestras... bueno...

—¿Que llevan mis amantes? —preguntó con una sonrisa burlona—. No os preocupéis, mañana vendré a buscaros acompañado de una modista que os será de gran ayuda.

—Por favor, si es posible, que no sea muy cara.

Gavin le lanzó una mirada condescendiente.

—Creo que estaréis satisfecha con mi elección. —Acto seguido, levantó la mano y señaló el vestido sobrio que llevaba Christabel—. Una cosa más. Mañana no vengáis vestida de negro.